

TERCERA RELACION, EN DONDE PROSIGUE LA PRODIGIOSA Historia de Oliveros, y el valiente Fierabras de Alexandria.

Ya dixe como llegaron
estos cinco Caballeros,
á poder del Almirante,
que encolerizado, y ciego,
quando supo, que su hijo
era herido, y prisionero,



los encerrò en una Torre
orilla del mar sobervio,
y cada vez que crecia,
hasta la mitad del cuerpo
todos se cubrian de agua;
pero el buen Conde Oliveros
vien-

viendose en tan gran fatiga,
decia con tristes ecos:
Ah! desdichado de mi!
que de esta suerte me veo,
hombre mal afortunado;
si permitiesen los Cielos,
que yo saliese de aqui,
desde luego les prometo
à los que niegan la Fè,
castigarlos con mi acero:
y la hermosa de Floripes,
que todo lo estaba oyendo,
movida de caridad,
estaba hiriendo su pecho
de amor à Guy de Borgoña,
desde que viò en los torneos
aquel cuerpo tan bizarro,
tan valiente, y tan discreto,
que venció quantos habia
en la Palestra, y con esto
la Princesa se abrasaba
en llamas del Dios flechero,
y por ver si en ellos iba
llamò luego al Carcelero,
y le dice: Brutamente,
dime, qué hombres son estos?
El le responde: Señora,
estos cinco Caballeros
Vasallos de Carlo Magno,
y grandes contrarios nuestros.
La Princesa le responde:
yo pienso baxar á verlos.
Por dos cosas no conviene,
que consigais vuestro intento,
porque es lugar hediondo,
y abominable en estremo.
y bien sabes, que tu Padre,
me los entregò, diciendo;
que con pena de la vida,
si alguno hablare con ellos;
y fiarse de mugeres
suele tener grandes riesgos.
Quitate de mi presencia,
que eres ignorante, y necio,
tú tambien irás conmigo,
y escucharás lo que hablemos;
dixo que si, y á la noche
amparados del silencio,
fuè la Princesa à la Torre
sola con un escudero,
y en el habito que lleva
ocultò un palo bien recio,
llegó al sitio señalado,
y al tiempo que el Carcelero
fuè á abrir la primera llave,
le pegò un golpe tan recio
con el palo que llebava,
que á sus pies lo dexò muerto,
y entregandose en las llaves,
y luego la trampa abriendo
entrò à ver los Christianos,
y ellos asi que la vieron.
dixo Oliveros: Señora,
què grande dicha tenemos!
los pobres encarcelados
recibimos gran consuelo
en tu amorosa visita;
ella respondiò diciendo:
qué sabes, si mi venida
es para daros tormento?
Dixo Oliveros, Señora,
en tan generoso pecho
no puede caber maldad,
sino buenos pensamientos;
Bendito el que te criò
tan bellisima en estremo.
Si mereciera, Señora,
el poder lograr mi intento,
que te volvieras Christiana,
yo te pusiera en mi Reyno,
te diera el Santo Bautismo,
que es una joya sin precio,
y estuvieras con tu hermano
con grande gusto, y contento,
y si lograra la dicha
yo, y mis quatro compañeros
de hallarnos bien armados,
y con buenos alimentos,
los cinco fueran bastantes
para destruir tu Reyno,
y desterrar de sus tierras
á tus Padres, y à tus Deudos.
Quièn eres tú, que asi hablas
determinado y resuelto,
metido entre las prisiones,
que amenazas à los sueltos?
Respondiò Oger de Danois:
Señora, es tanto el deseo,

y voluntad de serviros
de mi Señor, que asi entiendo,
que la muy grande pasion
le hace hablar sin acierto.
Dixo Floripes, bien sabes
defender tu compañero.
Les preguntò por sus Nombres:
Yo soy el Conde Oliveros,
hijo del Duque Reguer,
y grande servidor vuestro.
Còmo venciste à mi hermano,
siendo tan buen Caballero?
Con el ayuda de Dios,
y la Reyna de los Cielos,
y esa es la causa, Señora,
del hallarme prisionero;
y lo tengo à grande dicha
por haber visto tu cielo.
Floripes se sonrió,
y les dice: Caballeros,
si vos me dais la palabra
debaxo de juramento
de ampararme, y defenderme,
y de guardarme secreto,
sobre lo que soy venida,
es por ver si un Caballero,
que llaman Guy de Borgoña,
està en tu acompañamiento,
que habrá tres años cabales
que lo vide en los torneos,
y en las justas de mi prima
hacer valerosos hechos,
y desde entonces quedé
que no duermo, ni sosiego
en pensar en su persona;
y si lograra mi intento,
que quisiera ser mi Esposo,
renunciara de mis Reynos,
y me volviera Christiana,
por tener tan dulce dueño.
Dixo Oliveros, Señora,
ese noble Caballero
se quedò con Carlo Magno,
mas no os dé cuidado de eso,
porque es muy amigo mio,
y mi muy cercano deudo,
y hará quanto yo le mande,
y cumplirà tus deseos,
Floripes se despidio,
quedaos en paz, Caballeros,
que antes que amanezca el dia
os sacaré de este riesgo;
y partiendose à su Sala
donde previno al momento
cinco muy hermosas Damas,
que asistan los Caballeros,
y todas seis en quadrilla
hacia la mazmorra fueron,
y una cuerda de diez varas
se la echaron à Oliveros,
y entre las seis lo sacaron,
y luego con grande esfuerzo
él sacó à los otros quatro,
y asi que fuera se vieron,
á cada uno les puso
un vestido á lo Turquesco,
los llevò para su Sala;
dixo al Señor Oliveros:
muy bien os cae el vestido?
y el respondió severo:
el habito no hace el monge;
mejor fuera, y mas acierto
el hallarme bien armado,
para poder defenderos;
cenaron muy lindamente,
y la Princesa à este tiempo
sacó un cofrecito de oro,
y dió á gustar à Oliveros
de aquel maná tan suave,
que envió Dios al desierto
à los hijos de Israel,
y al instante se hallò bueno,
dando mil gracias à Dios
quedaron los Caballeros;
y asi que amaneció el dia
fuè la Princesa á Oliveros,
diciendole, que tenia
en aquel salon de adentro
mas de doscientos vestidos,
cotas, y mayas de acero,
y muy cortantes espadas,
para armar los Caballeros,
y cada uno á su quarto
lleve todos sus pertrechos.
Dexemos aqui á Floripes
con todos los Caballeros,
y volviendo al Almirante,
que hizo venir de sus Reynos
quince

quince Reyes coronados,
para que lleven un pliego
à donde esta Carlo Magno,
pidiendole con imperio,
que le diera á Fierabras,
por sus cinco Caballeros,
y que sino se lo embia,
les darà la muerte fiero.
A este tiempo Carlo Magno
tambien tenia dispuesto,
que saliese Don Roldan
con otros seis compañeros
à llevarle la embaxada
al Almirante; diciendo:
que sino se bautizaba,
y daba los Caballeros,
que tenia allá en su Torre,
que le hacia juramento
de quitarle la Corona;
y destruirle sus Reynos;
salen de una parte, y otra
las embaxadas à un tiempo,
y en la mitad del camino
Don Roldan vido á lo lexos
un esquadron que venia,
y partiò à reconocerlos;
se adelantò un gran distrito,
y ellos asi que lo vieron,
saliò para recibirlos
el que hacia punta en ellos;
le preguntò, qué quien era?
Somos siete Caballeros.
Vasallos de Carlos Magno,
que pasamos con un pliego
al Almirante Balan:
yo no es posible creeros,
asi entregarme las armas,
te llevaré prisionero,
hasta saber de tu vida,
y le respondiò ligero:
còmo he de entregar las armas,
qué diràn mis compañeros,
que no soy para traerlas?
Y el Principe muy sobervio
paso la mano en su lanza,
y Roldan como tan diestro
al Turco le guardò el golpe,
é hizo el suyo tan cierto,
que lo sacò de la silla,
y à sus pies lo dexò muerto;
los otros luego al instante
crueles le acometieron.
bizarro se defendia,
y quando sus compañeros
llegaron para ayudarle,
ya tenia siete muertos;
pero el Principe de Tunez
pretendia escaparse huyendo,
y Ricarte de Normandia
saliò para detenerlo,
mas se le perdiò en el monte,
y el volviò à sus compañeros,
y viendo que ya tenian
todos los catorce muertos
desgarretan los caballos;
y grande concilio hicieron,
si irian á Carlo Magno
á dar cuenta del suceso.
Don Roldan dixo, Señores,
què diràn los Caballeros;
que nos volvemos atrás
temerosos de los riesgos.
Llegan en fin á la Puente,
y el Duque Naymes discreto
engañó al Gigante, y dixo,
como iban con un pliego,
para dar á Fierabras
por los cinco Caballeros
el qual con esta alegria
les diò puerta franca luego:
llegaron hasta Aguas-Muertas,
ya que estaba el Sol bien puesto,
y viendo que ya era tarde
para recibir el pliego;
contento, y regocijado
el Almirante entendiendo,
que vendria la embaxada
por los cinco Caballeros,
para darle á Fierabras;
mandò á su Maestre luego,
que los hospede en su casa,
à donde los dexaremos,
porque en la otra quarta parte
darè de ello cumplimiento.

FIN.